

ALBERTO ROSA
GUGUELMO BELLEL† *
DAVID BAKHURST [Eds J

MEMORIA COLECIWA E IDENTIDAD NACIONAL

Traductores:
Del italiano: Bárbara Scandoglio
Del inglés: Rocío Martín y David Travieso
Del portugués: Sonia Rodrigues

Revisión técnica y preparación de la versión española:
Alberto Rosa Rivera

CAPÍTULO IV

La sociología y la memoria colectiva

PAOLO JEDLOWSKI

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, la sociología ha contribuido de forma relevante a la comprensión de los aspectos sociales de los procesos mnémicos. Aunque no falten corrientes de investigación originales, los desarrollos más recientes de la sociología de la memoria no pueden prescindir de la obra pionera de Maurice Halbwachs (véase en particular Halbwachs, 1925 y 1959). Las tesis propuestas por Halbwachs en sus trabajos, escritos entre los años 20 y los años 40, claramente dependientes de una sociología de planta marcadamente durkheimiana, pueden ser sintetizadas esquemáticamente de la forma siguiente:

- 1) la memoria colectiva de cada individuo está inscrita en marcos de referencias colectivos, de los cuales el principal es el lenguaje;
- 2) tanto la memoria individual como la memoria de los grupos conservan el pasado a través de los procesos de selección e interpretación: la memoria es, por ello, reconstrucción;
- 3) la memoria colectiva cumple una función para la identidad de un grupo social, tanto en el sentido que favorece su integración, como en que representa la proyección en el pasado de los intereses vinculados a esta identidad (para una discusión sobre todo ello véase Cavalli, 1995; Jedlowski, 1987; fedlowski y Rampazi, 1991; Namer, 1987a, 1993 y 1994).

En el marco teórico propuesto por Halbwachs, la sociología de la memoria se ha desarrollado esencialmente en tres direcciones:

- a) el estudio de los aspectos sociales de la memoria individual;
- b) la exploración de las representaciones culturales de la memoria (esto es, de la historia social de la memoria);
- c) el análisis de las problemáticas de la memoria colectiva.

La primera y la tercera de estas direcciones derivan directamente de la obra de Halbwachs y la segunda es más bien la compensación de una laguna suya. En cualquier caso, se trata de cuestiones que están siempre entrelazadas. Por lo que se refiere al punto *a*) la sociología subraya en particular el papel crucial que el lenguaje y el discurso juegan en la organización de la memoria de los individuos (cruzándose así con otras disciplinas y, en particular, con la sociolingüística y con la psicología social; véase, por ejemplo, Middleton y Edwards, 1989); en los aspectos concretos de la investigación empírica esto da lugar normalmente a la elección de privilegiar el estudio de los aspectos por los que la memoria se manifiesta en prácticas narrativas (véase en particular Namer, 1987a). Por lo que se refiere al punto *b*), la sociología está particularmente interesada en las dinámicas que vinculan, por un lado, la memoria a las tecnologías (véase, por ejemplo, Gregory y Morelli, 1994) y, por el otro, a conjuntos más amplios de representación cultural que conciernen el tiempo, el valor del recuerdo, etc. (entre otros: Cavalli, 1982; Jedlowski, 1989; Rossi, 1991; entre las contribuciones más recientes, por lo menos en Italia: Cavicchia Scalamonti y Pecchinenda, 1996; Tarpino, 1998). Por lo que se refiere al punto *c*), las cuestiones fundamentales son la exploración de la multiplicidad de las memorias presentes en el seno de cada sociedad y los conflictos que pueden surgir de esta multiplicidad de memorias. Pero se trata también de discutir qué se entiende propiamente con el concepto de 'memoria colectiva'.

En este capítulo me centraré exclusivamente sobre este último punto, dejando para otras ocasiones el profundizar en los otros (para una revisión véase en cualquier caso Jedlowski, 1997).

El problema de la definición.

En un plano general —que la sociología tiene que compartir con la antropología— el problema de la memoria colectiva lleva a considerar que cada sociedad tiende necesari-

amente a conservar su propio patrimonio cultural y a transmitirlo a sus miembros de generación en generación. Como ha observado Paolo Rossi, «incluso la evolución biológica puede ser considerada como un proceso de conservación y de transmisión, confiado a los genes y a su capacidad de sobrevivir y de difundirse», pero a continuación «la evolución cultural (...) introduce nuevos mecanismos de conservación y de transmisión que tienen su base —tanto en el hombre, como en las especies animales— en la capacidad de aprendizaje y de rememoración de comportamientos específicos». En la especie humana, «por lo menos a partir de un cierto momento de su evolución, este proceso deviene intencional: la conservación del patrimonio cultural se impone como necesidad vital para la sociedad, como una condición para su permanencia en el tiempo, y esto da lugar a técnicas, instrumentos, instituciones que tienen que asegurar la persecución de este fin» (Rossi, 1988, págs. V-VI; véase el desarrollo de una perspectiva análoga en Assmann, 1992).

El patrimonio cultural que cada generación transmite a la sucesiva incluye saberes cotidianos y especializados, las artes y el mismo lenguaje, conocimientos y costumbres. No obstante, los sociólogos han dejado una gran parte de este terreno a la exploración de los antropólogos y de los otros científicos sociales, concentrándose sobre el aspecto de este patrimonio que concierne de modo específico a las imágenes y las narraciones relativas al pasado. La 'memoria colectiva' tiende así a ser entendida por los sociólogos como el conjunto de las representaciones del pasado que un grupo produce, conserva, elabora y transmite a través de la interacción entre sus miembros.

Sin embargo, aun considerando que la restringimos únicamente a las representaciones del pasado (y por ello dejando de lado todos los saberes más o menos cotidianos, las costumbres, las maneras de hacer y de decir, y en resumen las prácticas que son parte de ese 'patrimonio' del que habla Rossi) una definición de este género dejaría abiertos diversos problemas. En su libro *Je me souviens*, por ejemplo, el escritor francés Georges Pérec proporcionaba un listado de recuerdos comunes (en el doble sentido de 'ordinarios' y 'compartidos'). Se trataba de recuerdos personales pero, por su carácter, necesariamente comunes también a los demás: son recuerdos del tipo «Me acuerdo de Yves Montand...», «Me acuerdo de las cajas de los lápices Caran D'Ache...» (Pérec, 1978); un italiano podría añadir «Me acuerdo de la Vespa...», «Me acuerdo de los Mundiales de 1982...» ¿Es en

estos recuerdos en los que se piensa cuando se habla de los contenidos de la 'memoria colectiva'? En cierto sentido sí, pero no exactamente. Este tipo de recuerdos, que se refiere a objetos o eventos difundidos en el panorama social al que muchas personas han sido expuestas contemporáneamente, es extremadamente importante y, además, constituye una de las bases de la formación de los grupos generacionales. Sin embargo lo que hace una memoria propiamente colectiva no es tanto el carácter común de sus contenidos, sino más bien el hecho de que éstos sean elaborados en común, esto es, sean el producto de una interacción social, cíclica una comunicación capaz de elegir en el pasado lo que es relevante y significativo en relación con los intereses y con la identidad de los miembros de un grupo. Que muchas personas hayan visto la misma cosa, todavía no quiere decir mucho: para el concepto es importante que lo que algunas personas han visto (o saben que otras han visto) se haya convertido en algo relevante y haya sido elaborado en el plano de su interacción social.

Por otro lado, la memoria colectiva no corresponde si quiera a todas las representaciones del pasado que, elaboradas de una u otra forma, están a disposición de los miembros de una sociedad. Los contenidos de una biblioteca, por ejemplo, son trazas de un pasado elaborado y relevante, pero, de por sí, no son todavía memoria colectiva: son una 'memoria de la sociedad', una memoria social, un conjunto virtual de trazas que se hace actual solamente cuando un sujeto concreto es movido por sus propios intereses a consultarlo y a adueñarse de ello (Namer, 1987a). En el plano teórico, esto significa que conviene en tender a la memoria colectiva como la selección, la interpretación y la transmisión de ciertas representaciones del pasado producidas y conservadas específicamente desde el punto de vista de un grupo social determinado. Si así la entendemos, entonces se distinguiría tanto de la memoria común, en la que pensaba Pérec, como de la memoria social en sentido lato. Se trata de una distinción analítica —en los hechos las cosas siempre están interrelacionadas— pero es una distinción que tiene su utilidad. Por ejemplo, lleva a la observación de que en el mundo contemporáneo las posibilidades de las técnicas de fijación y conservación de las huellas del pasado producen una enorme ampliación de la memoria social, pero, al mismo tiempo, que la relativa homologación y extensión de los medios de comunicación de masas producen la formación de memorias comunes extremadamente extensas, aunque más fragmentadas y circunstanciales, al igual que los 'souvenir' de los que hablaba Pérec.

MEMORIAS EN CONFLICTO

Entendida como un conjunto de representaciones del pasado, producidas, conservadas y transmitidas dentro de los grupos sociales, la memoria colectiva se presta a ser analizada según modelos derivables del estudio de la comunicación. Según Alessandro Cavalli, por ejemplo, la estructura de los procesos de la memoria colectiva corresponde «al modelo del proceso comunicativo; ambos presuponen tres etapas, que al mismo tiempo identifican también sus funciones y sus actores. Al principio se colocan los productores de memoria, en el medio los transmisores de memoria, y al final del proceso los destinatarios de memoria» (Cavalli, 1991, pág. 34). En cada uno de estos niveles se dan procesos de selección, que pueden basarse sobre criterios consensuales o ser objeto de conflicto, puesto que «cualquier criterio de selección representa al fin y al cabo una atribución de valor, estos procesos no son nunca independientes de la estructura de poder que cada vez caracteriza al grupo o a la sociedad. El poder de crear y estabilizar la memoria es de hecho signo de poder en general a todos los niveles de la organización social».

El modelo comunicativo al que Cavalli hacía referencia en la intervención que he citado tendría naturalmente que ser refinado (sería oportuno sustituir este esquema lineal por otro de 'carácter circular, capaz de dar cuenta de los múltiples efectos de *feed-back* que vinculan los actores entre sí), pero no se debería perder de vista la referencia al poder que el modelo indica.

De hecho, el vínculo que une la memoria colectiva y las relaciones de poder había sido vislumbrado ya por Halbwachs, allá donde observaba que la imagen del pasado «en cada época se acopla con los pensamientos dominantes» (Halbwachs, 1925). En la medida en que cada sociedad —y en particular cada sociedad moderna— está constituida por una pluralidad de grupos, no es posible hablar propiamente de una única memoria colectiva: cada grupo elabora aquella representación del pasado que mejor se adecúa a sus valores y a sus intereses. Así, más que un conjunto homogéneo y coherente de representaciones del pasado, la memoria colectiva tiene que ser pensada como el lugar de una tensión continua: el pasado que ella custodia es la puesta en juego de conflictos recurrentes que lo formulan y reformulan incesantemente. En relación más o menos estrecha con la indicación de Halbwachs, la dimensión conflictiva inherente a los pro-

cesos de construcción de la memoria colectiva es uno de los temas sobre los que más se ha ejercitado la investigación sociológica, sobre todo bajo la forma de un análisis de los procesos de selección y de interpretación del pasado que culminan en la conmemoración. Las representaciones colectivas del pasado de un grupo sirven para legitimar las creencias del mismo grupo y para inspirar sus proyectos, legitimando así —o intentando legitimar— a las élites que son portadoras de ellas (véase entre otros: Schwartz, 1982; Namer, 1987b; Yerushalmi y cols., 1989; Cannerton, 1989; Calchi Novati y cols., 1993).

Más allá de la reflexión estrictamente sociológica, la valencia política de la selección y de la interpretación de los eventos pasados que grupos distintos proponen es además evidente en los recientes debates sobre el llamado 'uso público de la historia'. El argumento central de estos debates ha sido propiciado por la cuestión de la relación de las sociedades occidentales salidas de la Segunda Guerra Mundial con la memoria de los crímenes de guerra nazis y fascistas, y en particular con el Holocausto. Esta cuestión ha mostrado toda su relevancia para la civilización occidental en el debate que en los años 80 ha contrapuesto en Alemania a Haber-mas y los historiadores denominados 'revisionistas' (para una síntesis: Rusconi, 1987). Si, por un lado, este debate ha colocado en primer plano las dimensiones éticas necesariamente vinculadas a la memoria, por el otro, ha evidenciado la importancia crucial que la elaboración del propio pasado tiene para la vida civil de cada sociedad.

Debe tenerse en cuenta que la 'elaboración' es una modalidad particular de trabajo mnémico. En lugar de un funcionamiento espontáneo de los mecanismos del olvido —que tienden a descartar de la conciencia todo lo que es problemático o inquietante— y en vez de mecanismos deliberados de la voluntad política —que tiende a dar forma a la memoria común al servicio de la constitución de la llamada 'buena identidad'— la elaboración hace posible la confrontación consciente con lo negativo, en un proceso que no coincide con una 'reparación' de los perjuicios, sino con una asunción de responsabilidad respecto de la propia historia (Bauman, 1987; Siebert, 1996b; Rossi-Doria, 1998). Esta asunción conlleva tanto el intento de comprender la génesis de los acontecimientos traumáticos cuanto de utilizar esta comprensión como patrimonio para orientarse en el futuro. En Italia, el debate alemán ha tenido repercusiones relevantes (véase Gallerano, 1995). La cuestión es la del papel del co-

nocimiento del pasado por parte de la sociedad civil para contrastar las tendencias totalitarias que pueden desarrollarse en las democracias avanzadas. A este último propósito, muchos han evidenciado cómo el papel de los medios de comunicación de masas es hoy extremadamente relevante: éstos funcionan como agencias de difusión de conocimientos de segunda mano sobre el pasado que vienen a estructurar una 'memoria pública' (Ortoleva, 1995; Ottaviano, 1995; Cesáreo, 1996). Pero, evidentemente, se trata de pensar también en las diversas interacciones que pueden instaurarse entre los distintos ámbitos institucionales (medios de comunicación, escuela, familia, lugares de socialización secundaria) por lo que se refiere a la formación de las capacidades de los individuos de acceder a las informaciones sobre el pasado y de elaborarlas críticamente. Es interesante observar además que estas discusiones tienen repercusiones importantes en los procesos que atraviesan en estos últimos años los países del ex bloque soviético. Los movimientos que han llevado a la caída de los regímenes del 'socialismo real' se han abastecido de la crítica a las manipulaciones de la memoria y a la historia operadas por las élites, han comportado la defensa de la memoria por parte de los grupos reprimidos, y han llevado a la que algunos han llamado 'memoria reencontrada'. (Brossat y cois., 1990; Ferretti, 1991). La caída de los regímenes del Este ha conllevado, especialmente en sus momentos iniciales, una verdadera rescritura colectiva de la historia (desde la revisión de los procesos a la rehabilitación de los condenados, a la sustitución de estatuas, lápidas y nombres de las calles y a la rescritura de los manuales de historia para las escuelas). Contemporáneamente ha acarreado la emergencia de memorias 'nacionales' y 'étnicas' que a veces han sostenido los procesos de emancipación de la sociedad civil, pero que otras veces, manipuladas por las élites políticas y por los medios sin escrúpulos, han contribuido a producir efectos devastadores.

ALGUNOS PROBLEMAS TEÓRICOS

En el plano teórico, las cuestiones mencionadas llevan, por lo menos, a reconsiderar la aproximación al estudio de la memoria colectiva que Halbwachs había dado en su momento. Especialmente en el último —e inconcluso— volumen sobre *La mémoire collective* (1950) Halbwachs sostenía en efecto, con mucha insistencia, tanto el carácter constructivo

que es típico de los procesos de la memoria colectiva, como el vínculo muy estrecho que subsiste entre estos procesos y la constitución de una identidad colectiva.

Por lo que se refiere al primer punto, el problema es el límite al que la actividad reconstructiva —o incluso 'constructiva'— de la memoria colectiva puede llegar. Hobsbawm y Ranger (1983) han observado que las imágenes del pasado son a menudo manipuladas por las élites hasta configurar una verdadera 'invención' de la tradición. De una forma más cautelosa, Schüdsen (1987) ha subrayado que los eventos seleccionados por la memoria colectiva deben siempre poseer, o haber poseído, alguna relevancia factual que los lleve a estar disponibles para el sucesivo trabajo de reformulación, pero, sobre todo, ha notado cómo el límite a la arbitrariedad de las reconstrucciones del pasado está en la pluralidad de las memorias colectivas que viven dentro de la sociedad. En la medida en que una sociedad está compuesta por grupos distintos, dotados de intereses y actitudes diferentes, la definición del pasado que cada uno de estos grupos realiza tiene que contar con las de los demás: en esto, la voluntad de cada uno encuentra un límite. Inclusive la misma historiografía —aún consciente de sus propios problemas metodológicos y del carácter inevitablemente interpretativo de cada reconstrucción—, puede servir como un límite o un contrapeso a la arbitrariedad de la memoria, en la medida en la que expresa una 'voluntad de conocimiento' que está controlada por las prácticas discursivas de una comunidad científica (Yerushalmi, 1982).

Por lo que se refiere a la relación entre memoria e identidad colectiva, me parece que el énfasis de Halbwachs sobre la congruencia entre las dos, sufre el riesgo de resultar equívoca. Tanto a nivel individual como colectivo, la memoria es indudablemente una función de la identidad, tanto en el sentido de que es lo que permite a un sujeto reconocerse como 'él mismo' en el tiempo, como viceversa en el sentido de que la identidad es el mecanismo selectivo que hace al sujeto privilegiar algunos recuerdos por encima de otros. Sin embargo, vincular demasiado estrechamente la memoria a la identidad de un sujeto puede hacer olvidar que la memoria es también lo que puede contradecir la identidad misma (naturalmente se trata de entenderse sobre el término: aquí entiendo por 'identidad' la representación de sí que un sujeto proporciona en un momento dado de su historia y en la relación con los otros sujetos determinados). En el plano individual, enfoques de investigación distintos coinciden en re-

conocer que uno de los motivos de interés de la memoria es justamente su capacidad de conservar las huellas también de lo que no ha encontrado lugar para los desarrollos sucesivos de la identidad de un sujeto. Por ello la memoria tiene siempre también una carga crítica y desestabilizante. Pero la misma consideración vale también en el plano colectivo: la memoria no es solamente lo que sirve a la identidad de un grupo y sus intereses actuales, sino también el depósito de las trazas que pueden valer tanto en la desfeticización de lo existente" y a la comprensión de los procesos que han llevado al presente tal como es ahora, como a la crítica de este mismo presente .en el nombre de deseos, de aspiraciones o de traumas reprimido (Marcuse, 1955; Jay, 1982). En este sentido, además, quisiera subrayar que muchos de los procesos de redescubrimiento o de construcción de identidades étnicas, regionales o nacionales que están hoy en curso en el mundo, parecen apoyarse sobre la memoria de una forma unilateral: en la tentativa de buscar refuerzos simbólicos a identidades colectivas vinculadas a proyectos políticos, dejando de lado todo lo que de inquietante, problemático, desagradable u oscuro puede tener el pasado de los grupos a los que hacen referencia. Lo que ponen en juego es, por ende, el exacto contrario de lo que entendemos por elaboración del pasado de un grupo.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

Como se ha esbozado en estos apuntes, la sociología de la memoria es hoy rica en temas y líneas de análisis más bien fecundos. Personalmente, considero, sin embargo, que no puede desarrollarse sin una estrecha relación con las disciplinas cercanas, no solamente, como siempre ha ocurrido, con la filosofía, la historia y la antropología, sino también con la psicología y la psicología social, la lingüística, las ciencias de las comunicaciones, etc.

Además, considero que el estudio sociológico de la memoria podría recibir nuevo empuje volviendo a observaciones como las de Paolo Rossi que he citado al principio. Estas sugieren de hecho la posibilidad de pensar en la memoria de una sociedad no solamente como conjunto de representaciones a propósito del pasado, sino también como conjunto de prácticas a través de las cuales el presente y el pasado se vinculan. Las prácticas son memoria, en cuanto son formas de permanencia del pasado en el presente de un grupo (véase también Bourdieu, 1972). El pasado nunca per-



manece idéntico a sí mismo, ni para cada forma de memoria, ni para las prácticas, sino que, más bien, es incorporado selectivamente y reformulado constantemente dependiendo del cambio de las exigencias de la vida. Pero lo importante es sobre todo esto: que las prácticas son un sistema de costumbres operativas, cognitivas y relacionales que constituyen el tejido de la continuidad de cada grupo social, entrelazado indudablemente con un universo de significados, de valores y de narraciones que lo legitiman, pero también dotado de una inercia propia, de un semi-automatismo que recuerda la memoria de los cuerpos. Como escribió Paul Connerton, «hay una inercia en las estructuras sociales que no es explicada adecuadamente por ninguna de las visiones ortodoxas actuales respecto a lo que son» (Connerton, 1989, pág. 5), y la explicación de esta 'inercia' es una tarea de la reflexión sociológica sobre la memoria. Pero esta tarea conlleva la necesidad de no limitarse al estudio de las memorias colectivas como conjuntos de informaciones o de imágenes del pasado (esto es, de 'recuerdos'), sino también como conjuntos de actitudes prácticas, cognitivas y afectivas que prolongan de manera irreflexiva las experiencias pasadas en el presente (para no generar confusiones analíticas, se trataría quizá de indicar este tipo de conjuntos con un nombre apropiado: por ejemplo apelando al término bergsoniano *memoire-habitude*). Estas actitudes configuran lo que en términos hermenéuticos o fenomenológicos es parte de la estructura de 'precomprensión' del mundo en la que somos necesariamente sumergidos en cuanto seres históricos: se trata de un 'sentido común' (Gadamer, 1960; Schutz, 1962/6; Jedlowski, 1994). Si consideramos al mismo tiempo los aspectos por los que la memoria es permanencia del pasado entre nosotros, en cuanto conjunto de efectos y de inercias, y contemporáneamente es reformulación e interpretación de este pasado en las representaciones que llamamos recuerdos, el paradigma hermenéutico se revela probablemente el modelo más adecuado para su estudio. La paradoja de la memoria es de hecho la misma a la que se refiere el 'círculo hermenéutico': el pasado estructura el presente a través de sus legados, pero es el presente el que selecciona estos legados reteniendo algunos y abandonando otros al olvido, y que constantemente reformula la imagen del mismo pasado, contando siempre una y otra vez la historia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ASSMANN, J. (1992), *Das Kulturelle Gedächtnis*. München, C. H. Verlagsbuchhandlung.
- BAUMAN, Z. (1988), *Modernity and the Holocaust*, Oxford, Blackwell.
- BOURDIEU, P. (1972), *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Genève Droz.
- BROSSAT, A.; COMBE, S.; POTEL, J. y SZUREK, J. (eds.) (1990), *A l'Est: ja mémoire retrouvée*, París, La Découverte.
- CALCHI NOVATI, G.; CANFORA, L.; COLLOTTI, E.; FLORES, M.; GALLERANO, N. y PASSERINI, L. (1993), *Politiche della memoria*, Roma, Manifestolibri.
- CAVALLI, A. (1991), «Lineamenti di una sociologia della memoria», en P. fedlowski, y M. Rampazi, // *senso del passato*, ob. cit.
- (1995), «Memoria», en *Enciclopedia delle Scienze Sociali*, Roma, Treccani.
- (Ed.) (1982), // *l'empo del giovani*, Bologna, Il Mulino.
- CAVICCHI SCALAMONTI, A. y PECCHINENIM, G. (1996), *La memoria consúmala*, Nápoles, Ipenedium.
- CESÁREO, G. (1996), *La produzione di storia allraverso i mass media*, «I viaggi di Erodoto», 10*.
- CONNERTON, P. (1989), *How Societies Remember*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FERRETTI, M. (1991), *La memoria negata*, Firenze, Il Corbaccio.
- GADAMER, H. G. (1960), *Wahreit und Methode*, Tübingen, J. C. B. Mohr.
- GALLERANO, N. (ed.) (1995), *L'uso pubblico della storia*, Milán, Angeli.
- GREGORY, T. y MORELLI, M. (eds.) (1994), *L'eclisse delle memorie*, Bari, Laterza.
- HALBWACHS, M. (1925-1994), *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, Albin Michel.
- (1950-1987), *La mémoire collective*, París, Albin Michel.
- HOBBSAWM, E. J. y RANGER, T. (1983), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JAY, M. (1982), «Anamnestic Totalization», *Theory and Society*, 11,1.
- JEDLOWSKI, P. (1987), «Introduzione», en M. Halbwachs, *La memoria collettiva*, Milán, Unicopli.
- (1989), *Memoria, esperienza e modernità*, Milán, Angeli.
- (1994), // *sapere dell'esperienza*, Milán, Il Saggiatore.
- (1997): «Memoria», *Rassegna Italiana di Sociologia*, 1.
- JEDLOWSKI, P. y RAMPAZI, M. (eds.) (1991), // *senso del passato*, Milán, Angeli.
- LE GOFF, J. (1982), *Storia e memoria*, Turín, Einaudi.
- MARCUSE, H. (1955), *Eros and Civilisation*, Nueva York, The Beacon Press.
- MIDDLETON, D. y EDWARDS, E. (eds.) (1989), *Collective Remembering*, Londres, Sage.

• *moire ei saciète*, París, Klincksieck.
imoration en France, París, Klincksieck.
'Europa, Soveria Mannelli, Rubbettino. en
M. Halbwachs, *Les cadres sociaux de la*

istoria e mass media», en N. Gallerano, *L'uso*
'a, ob. cit.

«Accademia e storia in TV.», en N. Galle-
:o della storia, Milán, Angeli. *te souviens*,
París, Hachette. 88), *La memoria del*
sapere, Barí, Laterza. *passato, la memoria,*
l'oblio, Bologna, Il Mu-

?), *Storia e memoria: il caso della deporta-*
nneli, Rubbettino.

1987), *Gemianía: un passato che non passa,*

, «Preservaron of the Past in Mental Life»,
vsletter of the Laboratory of Human Cogni-

, *Collected Papers*. Den Haag: Martinus Nij-

), «The Social Context of Commemoration:
ctive Memory», *Social Forces*, 61. «Memoria
e soggettività: caratteristiche e li-rali»,
Quaderni del Laboratorio di Storia Órale,
Palermo. pósito di memoria e responsabilitá», //
Malino,

Sentimenti del passato, Turín, Einaudi. 1982),
Zakhor, Washington, Washington Uni-

_ORDUX, N.; MOMMSEN, H.; MILNER, J. y

VALLIMO, *ges de l'oublie*, París, Seuil.